

como debe ser amado y gozar plenamente de este amor, ¿qué cosa más dulce puede haber? Pero la vida presente es una lucha. ¿Quién podrá impedir que el enemigo penetre en nuestra alma, introduzca en ella la turbacion, y le arrebatte la dicha producida por la tranquila posesion del bien? La paciencia que es el reinado del alma y el fruto más delicioso. El alma que se alimenta de él, ve estrellarse contra sí las tribulaciones de cualquier naturaleza que sean, como nosotros vemos las olas del mar venir á romperse contra las rocas de la playa. Admirémosla en el siguiente rasgo.

“Bauticé, ya hace algunos años, escribe un misionero del Tong-kin á un hombre como no he visto á ninguno, desde que estoy aquí. Era el terror de su aldea antes de su conversion. Habiendo oido hablar de nuestra santa religion, quiso conocerla á fondo. Me siguió algun tiempo para estudiarla más á su gusto. Sin embargo, hacia esto con tal ardor que perdía el sueño, olvidándose á veces hasta de comer. No tardó en verse puesto en tales pruebas, que yo creí no seria capaz de sostener; porque apenas se supo que se queria convertir, todos sus conocidos se volvieron furiosamente contra él; pero él que hasta entonces habia sido tan fiero y tan vengativo y tanto se habia hecho temer, lo sufrió todo con la paciencia más grande.

“Cayó enfermo; sus hijos lo abandonaron y su mujer lo colmaba de ultrajes: aprovechándose de la ocasion, se llevó todo lo que habia en la casa y lo dejó solo en el mayor apuro. Envié á nuestros cristianos para que lo consolaran y tuvieran cuidado de él; pues temia que su fervor se apagase; pero se sostuvo firme y ni siquiera murmuró. Edificado de tanto valor, no tardé en administrarle el bautismo. Modelo de todas las virtudes cristianas, llegó á ser el apóstol

de su aldea, en la cual convirtió unas quince personas, y entre ellas á su mujer, tan acérrima enemiga de la religion y á la cual bautizaré mañana ó pasado mañana (1).”

La *Benignidad*, *Benignitas*. Como su nombre indica la benignidad (*bonus ignis*) es un fuego dulce y benéfico que, gracias al Espíritu Santo, circula por las venas del cristiano y sostiene en él una disposicion constante hácia la indulgencia y la afabilidad. Puede uno ser paciente sin ser benigno. La benignidad lucha contra la aspereza de carácter, lo brusco de las maneras, y la sequedad de palabra, cosas todas que pueden turbar la paz interior. Lo afina todo, hasta el punto de no dejar en el cristiano más que urbanidad y gracejo, que son el hechizo de una alma. Vaya una muestra de este fruto entre mil.

“Una anciana habia injuriado gravemente al hijo de uno de los principales gefes de Tonga, que es católico, así como toda su familia. Este decidió que la culpable recibiese en castigo cuarenta y cinco azotes. Mas no contó con la benignidad. Su esposa, que es nuestra más fervorosa neófita, intercedió cerca de él y le dijo: “Tu quieres castigar á esa mujer como si fueras infiel; pero ten en cuenta que antes de ser bautizado no decias cinco ó seis veces al dia: *Perdonanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*.

“Ni me digas que es preciso imponer una pena proporcionada á la injuria. Si Dios nos tratase como merecemos, ¿qué seria de nosotros? Puesto que es tan bueno que nos perdona las innumerables faltas que contra El cometemos, ¿no será justo que nosotros perdonemos tambien las ofensas que hemos recibido? Esto es lo que nos predicaban los *dos ancianos* el domingo pasado. Házlos venir y verás lo que

1. *Annales*, etc., n. 34 p. 396 an. 1833.

ellos te dicen." Fuimos llamados, en efecto, y nos pronunciamos en favor del perdón. La anciana que era infiel, se convirtió al momento (1)."

La *Bondad, Bonitas*. Lo que es el colorido para un cuadro, el azúcar para la bebida, el encarnado para la manzana, es la benignidad para la bondad. Mas el color que embellece á la manzana, no es la manzana misma; aquí la manzana es la bondad. Este nuevo fruto, efecto de la unión del alma con Dios, bondad infinita, llena al alma de suavidad y le hace experimentar la necesidad de comunicarse, no solamente dando lo que tiene, sino dando también lo que ella es. Sería preciso referir toda la historia de la Iglesia, si hubieran de citarse detalladamente los rasgos de bondad que perpetuando los ejemplos del Verbo encarnado, demuestran claramente el poder del Espíritu Santo en la Iglesia. Siguiendo la regla que nos hemos impuesto, consultaremos solamente los anales contemporáneos.

"El mandarín Benito, muerto poco há, en el reino de Siam, ha servido de gran edificación para toda la cristiandad. Era tan bueno que no podía resolverse á hacer mal á nadie y estaba sin cesar ocupado en hacer bien á todos. Un día que el rey había hecho atar á varios prisioneros á la boca de un cañón, mandó á Benito darle fuego. Pero él, como digno cristiano que tiene horror á servir de instrumento para un acto de barbarie, se prosternó, sin moverse de su sitio, ante su príncipe, sabiendo que se exponía á la muerte por tal desobediencia. El monarca irritado mandó que lo agarraran sus satélites y que otro hiciera fuego por él. Cuando se le hubo pasado la cólera al rey, le dijo este: "Miserable, te perdono; mas ¿por qué no has hecho fuego

1. *Annales*, etc., n. 104, p. 33, an. 1846.

según mi orden?—Temo el pecado, le contestó.—Vosotros los cristianos observais una religión muy severa.

"Pasado algún tiempo, el rey elevó á Benito al grado de gran mandarín. Los honores no le hicieron perder su bondad. Tenía tan buen corazón, que hubiera querido servir á todo el mundo. Cristianos y paganos acudían á él de todas partes, y cuando se trataba de hacerles algún favor, á pesar de una hernia que le atormentaba sin cesar, desplegaba una actividad sorprendente. Más de una vez, viendo que compraba esclavos paganos tan jóvenes ó tan viejos que no podían prestarle ningún servicio, le pregunté de qué utilidad podía serle toda aquella gente.—Los compro, contestó, para ganar sus almas; y en efecto, sus esclavos han sido bautizados en su mayor parte (1).

La *Longanimidad, Longanimitas*. Conseguida la paz para consigo mismo por la paciencia, la benignidad y la bondad, frutos sin amargura ni acidez, réstale al cristiano estar también en paz con todo lo que le rodea, es decir, con el prójimo. Esta dicha le proporcionan los tres frutos, cuya naturaleza vamos á explicar.

Si los favores corporales ó espirituales que hacemos, produjesen su efecto siempre y en el momento de hacerlos, bastaría la bondad para sostenernos en una paz constante con el prójimo. Mas no sucede así; ordinariamente el resultado se hace esperar: y este esperar, muy largo á veces, puede entibiar nuestra caridad y descorazonar nuestra esperanza. Contra este peligro encontramos amparo en la longanimidad. Este prolongado valor, *longus animus*, nos ayuda á soportar las dilaciones queridas ó permitidas por la Providencia, y esperar sin inquietud, como el labrador, la cosecha que á su tiempo deben producir los favores derramados en

1. *Annales*., n. 99, p. 120, an. 1845.

el alma del prójimo. Brilla este nuevo fruto en mil rasgos deslumbradores entre los cristianos de todos los siglos. Veamos uno, cual se puede pedir, presentado por una de nuestras nuevas hermanas del imperio chino.

“Dos cristianos, padre é hijo, habian apostatado durante la última persecucion. Hechos, despues de su caída, objeto de horror para sí mismos, cayeron muy pronto en la desesperacion. Desde este momento no reconocieron freno alguno, y dándose á excesos de todo género, procuraban olvidar aquella fé, á que habian hecho traicion. Casóse el hijo con una mujer pagana que tenia odio declarado á los cristianos. ¡Maravilloso consejo de la divina sabiduría! Esta mujer debia ser, despues de largos esfuerzos, el instrumento de la conversion de su marido. Este no habia podido borrar de su memoria las verdades de nuestra santa religion. Nuestros dogmas y preceptos se mezclaban muchas veces en sus conversaciones; y sin sospecharlo él, ganaban el corazon de su compañera. Poco á poco, la gracia triunfó tan completamente de sus antiguas prevenciones, que obligó á su marido á que la iniciara, sin más dilacion, en el culto que le habia hecho conocer.

“Entonces el marido comenzó á sollozar, y confesó que habia renegado del Dios de los cristianos por debilidad. Esta confesion, lejos de debilitar el valor de su esposa, la confirmó en su piadosa resolucion, y no cesaba de pedir, como el colmo de su dicha, el ser contada entre los hijos del Maestro celestial. El marido no se opuso á este deseo, sin embargo de que era la condenacion de su propia conducta. Por el contrario, para facilitar á su mujer los medios de instruirse, la confió por algun tiempo á unas vírgenes cristianas.

“Estas la acogieron como hermana. Despues de algunos dias de piadosos ejercicios, recibió el Bautismo. Salió de la

pila bautismal, llena de un fervor tal, que elevándose por encima de su sexo, se hizo el apóstol de su esposo y de su suegro. Ni oposicion, ni dilaciones pudieron desanimar su apostolado. Por el contrario, los obstáculos no sirvieron sino para manifestar la longanimidad de su valor y hacer más brillante su triunfo. Tuvo la dicha de volver al redil á aquellas ovejas descarriadas. “Despues he visto muchas veces á estos neófitos y los he encontrado tan fervorosos y sencillos, que no sabia cómo ensalzar la misericordia de Aquel que hace sobreabundar la gracia donde abundó el delito (1).

La Mansedumbre, Mansuetudo. Si la longanimidad hace que soportemos, por todo el tiempo que agrada á Dios y dure la resistencia del prójimo, las penas y las fatigas que nos vienen de otro, la mansedumbre nos impide murmurar de ellas. Paloma sin hiel, inofensivo cordero; he aquí lo que hace al cristiano el fruto de que hablamos. A semejanza del divino Maestro, el hijo de la mansedumbre no troncha la caña que está á medio romper; ni apaga la mecha que humea todavía; ni deja oír su voz en las calles; ni vuelve jamás mal por mal. El Espíritu Santo, lo mismo hoy que siempre, no cesa de producir este fruto de todos amado.

“Llego, escribe un misionero de América, y bendigo al cielo que vuelve á colocarme otra vez en medio de mis queridos salvajes. Lo primero que he hecho, ha sido informarme de su perseverancia. He aquí la respuesta que se me ha dado.—Padre, el cambio de esta tribu se ha hecho objeto de todas las conversaciones del país. Hasta el invierno pasado, fué una cuadrilla de borrachos y ladrones, era el escándalo y el espanto de toda la vecindad. Mas desde su bautismo, ya no son los mismos hombres. Todo el mundo ad-

1. *Annales.*, etc., n. 105, p. 141, an. 1846.

mira su sobriedad, su honestidad, su mansedumbre y sobre todo, su asidua asistencia á la oracion; sus cabañas resuenan casi de continuo con piadosos cánticos.

“Es un misterio para mí, me decia hace poco un anciano cazador del Canadá, el espectáculo que presentan estos Indios con el cambio que en ellos se ha operado. ¿Queréis creer que yo he visto con mis ojos á estos mismos salvajes, en 1813 y en 1814, entregar al saqueo y á las llamas las casas de los blancos, coger á los pequeñitos por el pié y romperles la cabeza contra la pared ó arrojarlos á calderas llenas de agua hirviendo? ¡Y ahora, basta la presencia de un traje negro, para que caigan de rodillas, y besen la mano como la de un padre; avergonzándonos así á nosotros mismos (1)!”

No menos hermoso ni menos suave es el fruto de mansedumbre que se produce en las islas de la Oceanía. “No creo que haya en el mundo, escribe uno de sus apóstoles, una parroquia que recuerde mejor que Futuna las costumbres de la primitiva Iglesia. En lugar de tener que excitar la piedad de los neófitos, nuestros colaboradores se ven obligados á refrenar y moderar su celo. ¡Cuán hermoso es ver á estos antiguos antropófagos, convertidos al presente en mansos corderos, entregarse ellos mismos á penitencias públicas y conjurar á los misioneros á que no limiten sus austeridades! ¡Cómo se hubiera podido creer que estos feroces guerreros, que debian en cráneos humanos, estén dispuestos hoy á derramar mil veces su sangre por Dios y por los misioneros (2)!”

La *Fe*, *Fides*. Si la mansedumbre falta, puede alterarse la paz con el prójimo. Darle motivo de que se irrite es una manera de herirlo y aun de hacerle perjuicio; y no es la úni-

1. *Annales.*, & n. 103, p. 493, an. 1845.

2. *Ibid.*, etc. n. 120, p. 351, an. 1848.

ca. Tambien se le hiere y se le perjudica con la mala fe en los contratos, con la infidelidad en las relaciones sociales. Gracias al nuevo fruto del Espíritu Santo, el cristiano está al abrigo de estos odiosos actos. El fraude, la mentira, la doblez, la traicion, le causan horror. Su palabra, expresion adecuada de la verdad, es santa; y así, puede contarse con ella. No importa que le sea ventajoso ó no el cumplirla; la ha dado y la sostendrá. Como quiera que esta noble franqueza ha llegado á constituir el fondo de su carácter, su primer movimiento es creer que la tienen tambien los otros; pues suponer tambien el engaño, le repugna. Con todo, en esta hermosa alma, la sencillez de la paloma no está reñida con la prudencia evangélica de la serpiente. Véase al punto una prueba.

“En otro tiempo el pueblo de Wallis era embustero, ladrón de oficio, pirata y antropófago; hoy, ¡tan poderosa ha sido la gracia para cambiar los corazones! hoy la mansedumbre forma su carácter, la franqueza parece serle natural, y tiene horror al hurto. Aquí no hay necesidad de llaves. El misionero puede dejar los frutos, el vino, el dinero, todos sus efectos, al alcance de los naturales, sin temor de que toquen á nada. ¡Dichoso pueblo que tan bien ha gustado el don de Dios (1)!”

En cuanto á la prudencia, segun advierte San Juan Crisóstomo, la serpiente procura ante todo guardar su cabeza; así el cristiano lo sacrifica todo por salvar su fe, es decir, la palabra que ha dado á Dios. Dos sacerdotes del Tongkin fueron arrestados por sus perseguidores. El mandarín queria probarles, cuánto sentia ejercer contra ellos una mision de rigor. Si la conciencia de sus prisioneros hubiera podido prestarse á cualquier acomodamiento, los hubiera

1. *Annales.*, etc., n. 98, p. 44, an. 1845.

restituido con alegría al amor de sus rebaños. No temió, pues, abrir su corazón con el P. Lac.

“Maestro, le dijo, vos sois joven todavía; ¿por qué quereis morir tan pronto? Creedme, cerrad los ojos y pasad por encima del crucifijo, ó por lo menos al lado. Si os parece mejor, mis dependientes os pasarán; con tal que os dejéis llevar, dictaré sentencia de perdon.” El Padre respondió: “No consiento de modo alguno: condenadme más bien á que me despedacen.” Esta valerosa y real respuesta le valió la palma del martirio (1).”

Para conocer por experiencia todos los frutos divinos, cuya dulzura y belleza hacen las delicias del cristiano, nos quedan tres por coger. De ellos vamos á hablar en el capítulo siguiente.

1. *Id.*, &, n. 85, p. 414, an. 1842.

CAPITULO XXXIX.

(CONTINUACION DEL PRECEDENTE).

SUMARIO.—La modestia: ejemplo.—La continencia: ejemplo.—La castidad: ejemplo.—Cuáles sean las cosas opuestas á los frutos del Espíritu Santo.—Obras de la carne.—Lo que es la carne.—Por qué se dicen sus obras y no sus frutos.—Oposición general de las obras de la carne á los frutos del Espíritu Santo.—Oposición particular.—Necesidad social de todas las operaciones del Espíritu Santo.

No perdamos de vista que el fruto es el acto beatífico más elevado, y que por lo mismo hace gustar al alma una suavidad, un reposo deleitable, que el mundo no conoce y que es como la cata de las dulzuras eternas. Hemos visto, que por virtud de los nueve primeros frutos, el cristiano vive en dulce paz con Dios, consigo mismo y con el prójimo. Para gozar de la tranquilidad completa, no le falta más que ponerse en orden con relacion á lo que hay encima de él: y precisamente á los tres últimos frutos deberá el complemento de su felicidad.

La *Modestia, Modestia*. Este fruto divino es el orden en todo nuestro ser exterior. La modestia, como irradiación que es de la paz interior, mantiene nuestros ojos, lábios, risa, movimientos, vestido, toda nuestra persona, dentro de los justos límites marcados por la fe. El Verbo encarnado, conversando con los hombres, hablando, oyendo, obrando, es el espejo en que se mira constantemente el discípulo del Espíritu Santo, y el modelo infinitamente perfecto cuyos rasgos se esfuerza por reproducir en sí mismo. Nada hay más